PEGASO

REVISTA MENSUAL

MONTEVIDEO — URUGUAY

DIRECTORES: Pablo de Grecia — José María Delgado

Agosto 1919. Num. XIV - AÑO II

ARIEL

Facultad creadora que, dominando las voces sordas del instinto, se entrega a las promesas que «confían eternamente al porvenir la realidad de lo mejor».

Sugestión de la esperanza que, en «sublime terquedad», mantiene a la tensión viril en la perenne alegría de un entusiasmo confiado y resuelto, por el secreto de una eterna e inmarcesible juventud espiritual, y que, al derramar «misteriosos estímulos» en el amplio miraje de sus visiones, provoca en el alma «el altanero desdén del desengaño». Pero no basta poseer el instrumento de la perfección y bañar nuestra alma en las dulcísimas claridades de la esperanza, adormeciéndonos al ritmo de un ideal vago y quimérico; es necesario también adquirir la conciencia de los propios destinos y de las facultades que en nosotros pueden realizarlo en su forma más noble y superior.

«Sed concientes poseedores de la fuerza bendita que llevais dentro de vosotros mismos», afirma con el tono definitivo de una sentencia; y dirigiéndose a la juventud les recuerda, que el estado en que viven «es una fuerza de cuya aplicación son los obreros y un tesoro de cuya inversión son responsables».

Tener la noción de esa responsabilidad y la certidumbre de que no hay iniciativas estériles cuando se agitan al impulso de un propósito ideal; saber que podemos conseguir la libertad absoluta de nuestra vida interior, con el sólo deseo de hacerla posible en nuestra inteligencia, por la acción reflexiva del pensamiento, supremo liberador de nuestras torpezas y elemento dinámico de nuestras excelencias; ahogar los desencantos del pesimismo en la corriente renovadora de la vida que arrastra en su limo fecundo, bálsamo para los dolores, aliento para las decepciones, energías para las debilidades y afirmaciones para la duda; es conseguir el término perfecto de una educación integral, en la que la voluntad capacitada para todas las empresas, por el aliento que le infunde su propia confianza, en armónico acuerdo con las fuerzas del espíritu despertadas a los optimismos de la fe por la sugestión mesiánica del ideal que vendrá, es conservar intactas, e incontaminadas del cieno vulgar, en el tragín de las luchas diarias, las perfumadas flores de nuestras ilusiones.

Y es también, alcanzar la coraza invulnerable que nos dejará inmunes en los más temibles encuentros.

Nuestra misión, no consiste en sustraernos a la acción combativa para no marchitar en ella los encantos de nuestras visiones en el renunciamiento estéril de los cenobitas, o en el placer egoísta de los místicos, refugiados en los jardines contemplativos del éxtasis; nuestra misión, posee una alta finalidad social, que nos impone el deber ineludible de transfundirnos en el alma colectiva con la fuerza de afinidad que poseen los átomos en la cohesión de los metales, diligentes y solícitos en todas sus manifestaciones, tratando de ser «espectadores atentos allí donde no podemos ser actores», para lo cual, es menester desarrollar en lo posible, no un solo aspecto, sino, la plenitud de nuestro ser».

Dejemos llegar hasta nosotros todos los clamores y todas las inquietudes, no rechacemos ninguna aspiración

por contraria que sea a nuestras tendencias, no cerremos los oídos a ninguna prédica y el corazón a ningún afecto, que nuestro entendimiento no conozca más límite «que la imposibilidad de comprender a los espíritus estrechos», que nuestra razón no esquive la presencia del enigma; pues, «todo problema propuesto al pensamiento humano por la duda; toda sincera reconvención que sobre Dios o la Naturaleza se fulmine, del seno del desaliento y del dolor, tienen derecho a que los dejemos llegar a nuestra conciencia y a que los afrontemos».

Seamos múltiples y generosos, con la suprema tolerancia que proporciona el saber que, de la verdad, sólo poseemos sus apariencias cambiantes, y de la vida, una faz efímera de su evolución, que será en el curso progresivo del tiempo insignificante partícula de su vasto y eterno proceso.

Confiemos siempre al porvenir el vuelo de nuestras energías creadoras, pues, «lo que a la humanidad importa salvar contra toda negación pesimista es, no tanto la idea de la relativa bondad de lo presente, sino la de la posibilidad de llegar a un término mejor por el desenvolvimiento de la vida, apresurado y orientado mediante el esfuerzo de los hombres».

Pero ante todo, y por encima de todo, elevemos nuestro espíritu a la contemplación del ideal, floreciéndolo en rosas de la más pura esencia, y nuestras frentes pensativas a la luz de las estrellas, circundándolas de claridades en la caricia de sus besos; que en nuestra alma, canten los ruiseñores del ensueño sus suaves canciones de belleza y en nuestro reino interior, la fuente de la inspiración musite su dulce melodía de cristal; para que el deseo, cautivo en las garras del cálculo materialista, al libertarse por esos conjuros, como Ariel por la magia de Próspero, sea un pájaro quimérico que planee en el azul en busca de nuevos horizontes y de ignoradas constelaciones.

Tal es la premisa fundamental de su norma educativa; desenvolver con el concurso armónico de todas las facultades, un hondo, un persistente anhelo de selección espiritual, única fuerza capaz de concluir con la oprobiosas tiranías de los egoísmos utilitarios.

Subordinar los intereses del cuerpo, al móvil superior que guía «los intereses del alma»; esa deber ser la finalidad del perfeccionamiento humano y la norma educativa de toda moral social.

«De los elementos superiores de la existencia racional, es el sentimiento de lo bello, la visión clara de la hermosura de las cosas, el que más fácilmente marchita la aridez de la vida limitada a la invariable descripción del círculo vulgar». El culto de lo bello es potencia virtual de las perfectibilidades, y su emoción, genera el concepto más noble del deber; por el arte se consigue, «un acordado estímulo de todas las facultades del alma» que provoca, por la sugestión de su gracia, al poner «la sensación estética de una armonía» en las fórmulas adustas de la imposición moral, un espontáneo y alegre movimiento en la conducta humana. El sentido de la belleza se transforma también en sentido de justicia y en noción de verdad; «yo creo indudable que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha media jornada para distinguir lo malo de lo bueno». Y la eficacia de toda prédica, depende mucho más que del poder de su lógica, de ese «entendimiento de hermosura» pues, al decir de Renan, «la poesía del precepto, que le hace amar, significa más que el precepto mismo, tomado como verdad abstracta».

Hacer de la voluntad un agente realizador de perfecciones en los anhelos de belleza ideal; de la razón, lus que ilumine y timón que dirija los impulsos del instinto en nuestras facultades de pensar y de obrar; del entendimiento, amplio y hospitalario refugio de la curiosidad que observa y de la duda que ahonda; del optimismo, esperanza

risueña que descubra en las líneas proféticas de las renovaciones, magníficos mirajes de ensueño y de amor; del sentimiento, bálsamo piadoso para los desencantos; de la inteligencia, molde flexible del deseo en su substancia creadora; y de la ilusión, serena onda de armonía que al vibrar en nuestra alma sabrá comunicarle la juventud inmarcesible de la gracia espiritual; tal es, señores, la síntesis psicológica de «Ariel».

Sus términos esenciales, pueden condensarse en una breve fórmula, en la que la voluntad es el medio, la razón la potencia, el ideal el término y la belleza la inspiración; fórmula que debe gobernar, en la conciencia de los hombres y en el alma compleja de las multitudes.

III

En la obra que analizamos, hay que separar dos tendencias, que si bien conservan el debido acuerdo en la concepción unitaria del pensamiento que las motiva, se distinguen por sus diversas orientaciones y particulares finalidades; la tendencia spicológica y la tendencia sociológica.

La primera la hemos definido en el bosquejo que acabamos de presentar, en el que, si bien la hermosura de la forma que caracteriza al original fué perturbada por nuestra profanación, el leal sentido de sus conceptos fué respetado por nuestra sinceridad.

Antes de analizar la tendencia que podremos llamar sociológica, para su mejor comprensión, que informa la prédica social de «Ariel», séame permitido una pequeña digresión; a fin de puntualizar algunas críticas que se le han dirigido con el malevolente propósito de reducir el alcance de su influencia.

Desde luego, debo confesar, que en mi ánimo serenado no tienen cábida las mezquinas preocupaciones de esos rastreadores, que con raquítico empeño buscan en la obra de Rodó reminiscencias, sugestiones y hasta influencias directas y sos-

pechosas de otros pensadores, para negarle originalidad a sus ideas y méritos a su prédica.

Se ha dicho con acierto, que la verdad de una tesis o de un concepto, pertenecen de igual modo, al que la ha enunciado por vez primera, como al que consiga formularla en expresiones definitivas o más artísticas.

Pues bien; no siendo un afirmativo a la manera de los dogmáticos, no dictó sentencias rotundas, porque sus fórmulas expansivas rebasan las murallas cerradas de la fe, que no analiza ni razona;; su espíritu radiante y curioso, busca en todos los dominios ideales, motivos para su inspiración lírica sin penetrar en la naturaleza íntima de las cosas, preocupado únicamente en producir una emoción estética, única certidumbre de su espíritu, en vez de clasificar en jerarquías siempre transitorias, las conclusiones eternamente cambiantes del pensamiento filosófico.

Prefirió callar en verdad, a afirmar en mentira.

Es un artista en el pensamiento y en la sensibilidad, dominado tenazmente por el «entendimiento de hermosura», que vibra en la realidad circundante con la misma fuerza que en los planos incorpóreos e infinitos del raciocinio y de la idea, que para sus especulaciones, buscó refugio en el «luminoso y cálido ambiente de las formas», huyendo del «helado seno de la abstracción».

Esto, naturalmente, no excluye de su prédica un propósito educativo y una finalidad moral, que constituye el móvil de su inspiración y el deseo siempre revelado en sus enseñanzas. Si la vocación irresistible de su temperamento, lo impulsa con seducción hacia el placer de las inteligencias refinadas, que desdeñan los perfumes acres, los contornos groseros, las disonancias y la opacidad, aun cuando contengan en su esencia partículas de la verdad inmanente y vestigios de las más puras y de las más nobles idealidades, su potencia creadora no se resignó a florecer esterilmente en bellas imágenes y en brillantes vocablos, sonoros y vacuos,

como el silbido del viento entre el ramaje y el alegre tintineo de los cascabeles de plata.

Es un doctrinario de belleza, que sin admitir en absoluto, como postulado filosófico indiscutible, la identificación de lo bueno y de lo justo con lo bello y armonioso, sintió el poder comunicativo de la hermosura en las sugestiones del bien y tuvo como pocos, en fina y sagaz penetración, el don sublime de «enseñar con gracia».

Enseñó, lo que otros antes que él predicaron; los que a su vez, en sus prédicas, no hicieron más que recoger el eco prolongando a través de los tiempos, de aquellas voces augustas, que en los albores de la cultura humana tuvieron el divino privilegio de la revelación en los horizontes sensibles del entendimiento.

«Nuestra ciencia, nuestro arte, nuestra literatura, nuestra filosofía, nuestra moral, nuestra política, nuestra estrategia, nuestra diplomacia, nuestro derecho marítimo e internacional son de origen griego. El cuadro de la cultura humana creado por Grecia puede ampliarse indefinidamente, pero está completo en todas sus partes. El progreso consistirá eternamente en desarrollar lo que concibió Grecia, en cumplir los designios que Grecia bosquejó acertadamente». Por dolorosa y amarga que sea a nuestra pretensión contemporánea, que al igual de sus antecesoras en la historia, vive en la efímera ilusión de sentirse originalmente creadora en los dominios de la idea y de la emoción, la sentencia transcrita, que Renan estampa en el prefacio de su Historia del Pueblo de Israel, contiene una profunda verdad que se descubre en el más ligero análisis.

Nada diremos fundamentalmente nuevo que no esté dicho ya, nuestra misión consiste en tallar nuevas facetas en el diamante del pensamiento para aumentar el poder luminoso de sus rayos.

En el transcurso de las edades, el mismo angustioso problema sin solución, que torturó a los hombres en las primeras sendas del progreso, continúa provocando con su sonrisa

enigmática la inquietud de los espíritus, indefensos en la inutilidad de sus esfuerzos.

El aceite que arrojamos en las luminarias de la idea, encendidas ha mucho tiempo, al avivar sus llamas, dilatará su potencia lumínica en la masa obscura de las sombras, pero siempre estaremos aprisionados en su cono de luz.

En rigor de verdad, en el proceso evolutivo, no se han alterado substancialmente nuestras necesidades espirituales, ni han cambiado los arbitrios de que disponemos para satisfacerlas.

Es siempre la misma incógnita, es siempre el mismo misterio, que en obstinada e irreductible insistencia se abraza de nuestras almas, sin mostrarse jamás en su recóndita desnudez. A lo sumo, a fuerza de torturarnos, hemos aumentado nuestra capacidad sensible para comprenderlo, al distender las fibras de nuestro entendimiento en la infinitud vibrante de lo desconocido.

La misma fe en los creyentes, la misma presuntuosa vanidad en los políticos, las mismas antinomias en el vacío inconmensurable de la metafísica, las mismas contradicciones en los conceptos relativistas de la moral, la misma indiferencia e idénntica vacilación en el desencanto o en el cansancio de los excépticos. En medio de ese incesante rectificar y de ese permanente ratificar somos juguetes de nuestras propias ilusiones, que nos arrastran en loco torbellino dentro de una inmensa tromba de su vórtice a sus bordes, sin detenernos jamás en ese continuo movimiento de avance y retroceso, y sin vislumbrar los medios de nuestra liberación. Sólo la ciencia, conquistando las propiedades manifiestas de la materia inerte o las cualidades vitales de los organismos, puede ostentar con orgullo, algunas fórmulas definitivas en la faz de sus conocimientos, que marcan una progresión ascendente, lisonjera para la esperanza y estimulante para el esfuerzo.

Y únicamente el arte, expresión humana de la belleza, inefable armonía de las cosas, excelsas a quién la vida «le regaló el secreto de su juventud inextinguible», permite manifestar la nota original, personalísima, en la combinación de sus elementos, pues, él depende, más, que del raciocinio que analiza en los cálculos fríos de la idea, del sentimiento creador que gasta sus utopías y sus ensueños en la lumbre encendida de la emoción.

Si por el momento no podemos exigir verdades novedosas y formulas definitivas sobre lo ya enunciado, y en cambio, podemos reclamar con el criterio exigente de una severa crítica, modalidades artísticas sobre las viejas y repetidas verdades, al estimar el aspecto personal en las creaciones del pensamiento; nadie tiene el derecho de negarle a la obra de Rodó, esa cualidad que le corresponde como su excelencia más destacada y su distinción más propia.

Si por algo ha entrado en la inmortalidad, es precisamente por la hermosura incomparable de su estilo, que sabrá mantenerlo con brazo potente en la actitud gallarda de un triunfador, salvado del olvido y de la indiferencia, en el transcurso de las incesantes y fatales renovaciones.

Son sus ideas, reflejo o influencias de otros pensadores, y en primer grado, y en modo eficaz, en la obra que analizamos, de Ernesto Renan. Posee de éste su misma resistencia a todo dogmatismo, y su amable descreimiento por los preceptos absolutos, que solo se justifican en los límites herméticos de las religiones. Permanece equidistante de la afirmación y de la negación, sin caer, con el gesto huraño del excéptico, en el yermo infecundo de la duda.

Fué leal, con toda lealtad, porque no se atrevió a decir lo que no era una plena certidumbre en su conciencia.

Pero revistió esas ideas ajenas con galas tan suntuosas, y en su prédica se envolvieron en ondas de armonía tan dulce y suave, donde los vocablos pierden su rudeza habitual, y en sus combinaciones adquieren el tono melodioso de una música en la gracia sonora de sus cláusulas, que, si no tuvo el mérito de haberlas creado, tuvo el mérito sublime de haberlas embellecido.

(Continuará) CARLOS M. PRANDO

Versos de Tulio Gonzalo Salas

De la escuela de Nájera y de Mata en la musicalidad casi perfecta del verso, Tulio Gonzalo Salas entre los jóvenes poetas venezolanos habíase, y eso que murió cuando apenas empezaba a cantar, habíase hecho un sitio único, suyo. A su muerte, ocurrida el año antepasado en la ciudad de Mérida, (Venezuela), uno de los escritores de aquella ciudad que hiciera su elogio dijo que su muerte hacíase sentir tanto en la joven poesía venezolana como lo fuera la de Pedro Balmaceda Toro, en Chile.

CERCADO AJENO

¡ Cuanta desidia, soledad y calma !
¡ Cuánto sol reventando en la pradera !
¡ Qué refinado paganismo en mi alma
y qué tesoro de silencio afuera !

Oigo el lejano y ululante coro
conque importuna la tenaz abeja.
El sol desgrana su carcax de oro
sobre el tejado de mi casa vieja.

Y medio oculto en la mural ventana,
que da al corral de la vecina casa,
miro una bella sumergirse ufana
entre la espuma del raudal que pasa.

Miro la Ondina ! La contemplo mudo
y siento gana de morder su seno,
porque su seno de pudor desnudo
es una fruta de cercado ajeno.

Y es mucho más apetecible y bueno,
dice el adagio que rimando copio,
cualquiera fruta de cercado ajeno
que un fruto bueno de cercado propio.

FLORES Y SOL

A MI HERMANITA JOSEFA

Yo no quiero ni glorias ni riqueza;
pues me siento feliz por la mañana,
con un ramo de flores en mi mesa
y una gota de sol en mi ventana.

Mi pobreza se alumbra y se engalana,
y me parece bella mi pobreza,
cuando hay gota de sol en mi ventana
y hay un ramo de flores en mi mesa.

Mas quisiera morirme en la rudeza
de las horas sin sol y sin belleza,
sino fuera por ti... la soberana,

Que en mis horas de angustia y de tristeza
eres ramo de flores en mi mesa
y eres gota de sol en mi ventana !

TULIO GONZALO SALAS.

DOS LIBROS HERMOSOS

PRADERAS SOLEADAS, *de Andrés H. Lerena Acevedo.*
LAS LENGUAS DE DIAMANTE, *de Juana Ibarbourou.*

He aquí dos libros, dos libros de versos que son versos, escritos por dos hermosos talentos. Son versos inspirados, evocadores, *que quedarán.* El numen que los engendró merece respeto. Leyendo *Praderas soleadas*, de Lerena Acevedo, o *Las lenguas de diamante*, de Juana Ibarbourou, cualquiera, hasta el más lego, experimenta una profunda sensación y recoge un íntimo y secreto deleite. Evidentemente, estamos frente a un poeta y a una poetisa que merecen algo más que un fugitivo comentario.

Da gusto poder estampar tales frases sin circunloquios, sin reticencias, sin disimuladas reservas mentales. Todos los días, los que para el público escribimos, tenemos que cometer alguna breve apostasía, disfrazar una menguada mentira o acceder a ineludible solicitación. O tenemos, si somos fundamentalmente sinceros, que callarnos la boca y afirmar luego, con violencia de la verdad, que no hemos recibido el libro que se nos ha enviado con encomiástica dedicatoria. Muchos lucran de este silencio o de aquella longanimidad. Las nueve décimas partes de los poetas y prosadores que andan por ahí contoneándose con las plumas de pavo real que les han prestado periodistas amigos, o que se regodean cabe una mesa de café repitiendo a sus contertulios que nadie se ha ocupado de «su obra» porque en nuestro medio literario hay mucha envidia y mucha maldad,—muchos de es-

tos «poseurs» y mistificadores, viven aún por la sola debilidad de los que ejercen de críticos. Más valiera, en verdad, matarlos de un garrotazo a la vuelta de la primer esquina.

Con Andrés H. Lerena Acevedo, el primero de los autores que hoy nos ocupa, puede agotarse el ditirambo sin temor de pasar por paniaguado. De su libro *Praderas soleadas* puede afirmarse que es uno de los más bellos volúmenes de versos que en estos últimos tiempos se han escrito en nuestro país sin exponerse a un desmentido. Da gusto, lo repito, poder decir, así, libremente, estas cosas, porque los que no respondemos a circulillos de café ni nos esclavizamos con recomendaciones sociales, siempre experimentamos un hondísimo placer en descubrir un poeta y en celebrar una obra de arte profunda y sentida.

Praderas soleadas es un tomo de versos que no alcanza a las cien páginas y que encierra, sin embargo, más poesía que otros volúmenes de trescientas o quinientas páginas. Concebido con un sentimiento honestísimo de la naturaleza y realizado con una conciencia artística de que sólo pueden dar muestra los escogidos, a todos se impone, desde la primer lectura, por su gracia, su frescura, su inspiración y su vitalidad.

No es un libro torturado, delicuescente, lleno de metopas y orquestaciones funambulescas. No es un libro de rosas rojas, de trianones y versalles, de marquesas pintadas y abates enamoradizos. No refulgen sus páginas con nácares y primores de mosaicista. La frase no se disloca en macabras contorsiones para sugerir ideas-madres, imágenes de ensueño, comparaciones hiperbólicas que nadie comprende—ni el mismo poeta que las zurce e hilvana. Es un libro sencillo como una pastoral del siglo XVI, puro como un chorro de agua cristalina, ingenuo como la confesión de un niño. Abierto de par en par sobre la Naturaleza y la Vida, repite sencillamente, honradamente, lo que un hombre de talento descubre en la Vida y en la Naturaleza: verdad, ante todo; después, dolor o felicidad, según sea el capricho del Destino.

Ved el escenario: es una aldea perdida en un rincón cualquiera del mundo, con su caserío minúsculo y paupérrimo; con su vieja iglesia asoleada donde un descascarado campanario arroja sobre la paz de los campos la conocida voz de su lengua de bronce; con sus vegas y altozanos rurales donde la avena y el trigo empenachan primores, y el molino remueve sus aspas, y la fontana se sombrea de pomas, y en las hondonadas se nievan las majadas, y sobre horizontes hialinos se incrustan hoces y guadañas o resbalan teorías de golondrinas y gorriones. Y ved los personajes: es un pastor que tragina en los pajares, una moza que sueña al borde de una noria, una boyeriza, un añacal: todas almas blancas y puras, corazones ingenuos y sanos, pensamientos que viven la hora sin la inquietud del mañana ni el remordimiento del ayer.

Un gran soplo de verdad discurre por estas páginas que viven una vida rusticana, que huelen a heno, que gorgotean como el agua en el azarbe, que centellean al sol.

¿Recordáis aquello de Azorín, que «lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza»? — Un novelista, un poeta—del propio modo que un pintor y un músico—pueden ofrecernos una sensación intensa de las cosas; pero, sólo el que ha vivido en íntimo contacto con su esencia, sólo el que las ha visto en ese «único instante» en que «irradian su espíritu», pueden expresar lo que el autor de *Los Pueblos* llama «la emoción del paisaje». Yo creo, sinceramente, en esta alma. Yo la he descubierto no en las páginas épicas de Hugo, no en las deslumbradoras de Chateaubriand, no en las preciosistas de D'Annunzio; sino en las humildes del propio Azorín, en las veristas de *El pueblo gris* de Rusiñol y en casi todos los libros del incomparable Pereda, en *Escenas montañesas*, en *Peñas Arriba*, en *Tipos y paisajes*, en *El sabor de la tierruca*. En la pintura, particularmente en la española, advertiréis igual cosa: Terruella, Matilla, Navarro, Pallarés, García y Rodríguez os habrán encandilado con sus paisajes frescos y policromos; pero, seguramente, no habréis recogido ante ninguna de sus telas la sensación de verdad, (la impresión de que os halláis ante «algo» que dialoga con vuestra alma), que os procuran las telas de Zubiaurre, de Mir, de Urgell, de Ivo Pascual. Es que todas las cosas de la naturaleza y todos los gestos del hombre tienen, durante el curso total del día, un único y brevísimo momento en que se entreabren y nos muestran su propia alma. Y advirtiendo, justamente, que sería inútil visitarlas y contemplarlas a otra distinta hora, es que nos dice el donoso y admirable autor de *La ruta de don Quijote*: «En estos momentos precisos, todos los detalles, todos los elementos de la belleza—la luz, el color, el aire, los ruidos, las líneas—forman una síntesis suprema, algo como una armonía inefable, desconocida, que adquiere su máximum en un punto y que poco a poco va disipándose, fundiéndose en el ambiente vulgar del resto del tiempo, que hace que desaparezca el color propio del muro vetusto, y la penumbra de la estancia abandonada, y la claridad crepuscular que bañó una sauceda junto a un estanque, y los sones extraños de un piano que parten, a media noche, de una ventana iluminada».

Hay algo, pues, en este género particular de la poesía lírica que tiene por tema la naturaleza, algo esencial, profundamente característico, que nos advierte, desde luego, que la denominada «poesía bucólica» de los viejos retóricos ha padecido una seria evolución. Nada tiene que ver, en efecto, esta pintura de la naturaleza con el amor, real o fingido, que por ella experimentaron lo maestros clásicos. Teócrito y Virgilio, los grandes creadores, y luego sus discípulos y rivales, Garcilaso y Meléndez, Francisco de la Torre y Juan de Morales, Sannazaro y Guarini, Racan y Segrais, son, antes que nada, «descriptivos»; en tanto que los escritores modernos, que podrían llamarse bucólicos, como Ramón Pérez de Ayala en *La Paz del sendero*, como Gregorio Martínez Sierra en *La casa de la primavera*—o como nuestro Herrera y Reissig en los «Extasis de la Montaña» (*Los peregrinos de piedra*) y en los «Sonetos Vascos» (*El teatro de*

los humildes)—son, esencialmente, «psicólogos», quiero decir, que ahondan en el alma del paisaje para desentrañar su espíritu, su calidad, su característica formal, y poder así comunicarnos su emoción.

Esta es, también, la modalidad del poeta que ha escrito *Praderas soleadas*. Yo he querido señalar, particularmente, ese distingo, porque su estilo propio, su alocución ranciamente castellana, sus giros y hasta sus vocablos, podrían hacer creer a muchos que es un mero imitador de aquellos poetas bucólicos que ilustraron los primeros siglos de la lírica castellana. Tiene, en efecto, el señor Lerena Acevedo una manera particular de construir la oración poética, que la impregna toda ella de verdadero españolismo; tiene, además de esto, una preferente inclinación por el alejandrino de Berceo o endechas dobles; y tiene, a mayor abundamiento todavía, un calculado rebusque de vocablos que no osaría yo en motejar de arcaísmos, pero que en nuestro medio lexicográfico, un tanto mezquino, lo parecen: ved, en prueba de esto que dicho queda, como emplea la voz «albada», regional de Aragón, por «albo»; como dice «zahareño» por «irreductible»; como escribe «regajo» por «charco»; como emplea «aguijada» por «ahijada»; «astroso» por «sucio»; «cenceño» por «enjuto»; y como se place, en fin, en llamar «hontanares», al sitio donde se estancan los manantiales, «albogue», al cuerno o instrumento pastoril, «alcor,» a la colina o collado, «garzul», al trigo, «estol», al acompañamiento o comitiva, y como emplea con soltura y sin reatos las voces «cansino», «paniega», «altozano», «zurrir», «cantiga», «cencidos», «viales», «trascienden», etc.

Cierto que palabras y giros dan color y tono a la composición,—que por algo el eximio poeta de *Les Trophées* se cuidaba tanto de la ortografía de los nombres propios, griegos o latinos, para burilar con rasgos exóticos más profundos sus estupendos versos,—pero erraríamos de medio a medio si en el caso particular del autor de *Praderas soleadas* juzgáramos que ese es todo el secreto de su poesía. No hay duda que el

señor Lerena Acevedo, con muy encomiable escogitación, admira a los escritores españoles y está empapado en sus artes y modalidades; mas, lo que da sello a sus poesías no es ese uso de vocablos desusados ni su aparente incursión en los vergeles de los bucólicos clásicos. Ya lo he dicho antes y ahora lo repito: lo que aquilata el mérito de *Praderas soleadas* es su «emoción del paisaje», su «sentimiento íntimo» de las cosas.

Ved la poesía rotulada «Las pueblerinas», en mi sentir el más bello, el más profundo y el más sentido poemita de todo el volumen. La quietud y la monotonía de esos pueblucho extraviados en cualquier rincón de la tierra,—aquí, allá, no se sabe dónde— está dicha en pocos versos descriptivos, someros, pero bien gráficos. Todos vemos la vieja plaza, flanqueada por casonas silenciosas, por muros sobre los cuales se vierten juncias y glicinas, y por portales sombríos y húmedos. Hay una iglesia claudicante que llama a los devotos con una campana triste y familiar. Las calles, desiertas, se escandalizan si rueda un carro desvencijado o trota suelto el jamelgo de un vecino. Frente a la única botica, que por la noche pone en la calle la quimérica luz roja de un globo iluminado, dos o tres sillas congregan a los viejos más caracterizados del pueblo. Allí, hasta los perros son tristes porque han olvidado de ladrar. Y allí, tras de los vidrios de sus pobres ventanas, las pueblerinas asoman sus rostros opacos, sus rostros pálidos y ojerosos, un día y otro día, y un año y muchos años, soñando... esperando...

Tocados por el tedio de sus casas frugales
se afinan, lentamente, sus rostros matinales.
El brillo virginal de sus ojos trigueños
se aviva en el silencio casto de los ensueños
que exacerban la fiebre núbil de sus ojeras.

Y la descripción, a la manera del idilio clásico, continúa, particularizando los detalles:

Cuando en la tarde muerta se alza la luna llena
y la iglesia materna convoca a la novena
diluyendo en el aire sus sones provinciales,
ellas cruzan, beatas, los devotos umbrales;
y, quietas se consumen—ideando desposorios—
como el velón que alumbra los viejos oratorios.
Después, arrebujadas salen de los portales,
y, aromando de tréboles las aceras rurales,
se funden en la sombra de las casas vecinas.

Pero, he aquí la nota particular, el estigma característico que transforma toda la descripción, que le da un alma, que la singulariza, que la hace inolvidable, que da en cada detallecito una emoción,—la emoción propia del momento, la emoción inolvidable después para el que la ha experimentado:

Un día alegre de luz, de cantos navideños,
entornan para siempre los ojos lugareños.
Un ruar somnoliento de coches desusados
sonando en los mesones y en los patios soleados
despertará el quietismo familiar de los huertos.
Y habrá en la tarde, luego... unos vidrios desiertos,
y, detrás, el azul de las casas aldeanas...
Y, sólo el leve sándalo de unas manos lejanas
aún zahumará de ensueños las calles campesinas.

¡ Pueblerinas románticas, cándidas pueblerinas !

Pues este mismo sentimiento, esta misma personalidad de los detalles, esta emoción de la naturaleza, las hallará el lector en las otras composiciones del libro que llevan por título «Lejos del poblado», «Balada silvestre», «Canta el campanario», «Cuando las estrellas palidecen», «Caminos», «La jornada triste», «El reloj de sol», «Horas hay para entristecernos», «El romance de los pueblos»—y creo que he citado más de la mitad del libro. ¿Qué mejor elogio hacer de él?

Esperemos, pues, confiados el nuevo torneo de este novel poeta. Yo os profetizo que será un poeta que honrará las letras uruguayas.

* * *

Y ahora, he aquí la nueva poetisa. Se llama Juana de Ibarbourou. En su reciente libro, *Las lenguas de diamante*, encuentro esta composición, intitulada «Vida-Garfio», que voy a reproducir aquí íntegramente, porque cosas tan hermosas merecerían no una sino mil reproducciones:

Amante: no me lleves si muero al camposanto.
A flor de tierra abre mi fosa, junto al riente.
Alboroto divino de alguna pajarera
O junto a la encantada charla de alguna fuente.

A flor de tierra, amante. Casi sobre la tierra
Donde el sol me caliente los huesos, y mis ojos
Alargados en tallos suban a ver de nuevo
La lámpara salvaje de los ocasos rojos.

A flor de tierra, amante. Que el tránsito así sea
Más breve. Yo presiento
La lucha de mi carne por volver hacia arriba,
Por sentir en sus átomos la frescura del viento.

Yo sé que acaso nunca allá abajo mis manos
Podrán estarse quietas.
Que siempre como topos arañarán la tierra
En medio de las sombras estrujadas y prietas.

Arrójame semillas. Yo quiero que se enraicen
En la greda amarilla de mis huesos menguados.
¡ Por la parda escalera de las raíces vivas
Yo subiré a mirarte en los lirios morados !

Y bien; yo os digo que quien concibe un pensamiento tan bello como lo es ese y sabe expresarlo, dentro del molde del verso, con tanta justeza y donosura, es, pura y sencillamente un admirable poeta,—un poeta que para merecer la consagración no necesitaría escribir una sola estrofa más.

De composiciones así, fuertes, subyugantes, está repleto el libro de la señora Ibarbourou. Habría que citar todas las que integran la última parte del volumen, bajo el común título de «La Clara Cisterna». En «Matinal», por ejemplo, se loa al Sol de un modo original y humano, asociando a su acariciadora lumbre el recuerdo del amante dormido. En «La buena criatura», se canta a la Hermana Agua, no con el panteísmo adorable de Amado Nervo, pero sí con un sentimiento más tierno, pues que el recuerdo del amado herido se asocia también a su consoladora frescura. En «Salvaje», vibra un grito de alegría por la gloria de vivir, que casi convierte en una faunesa a la inspirada poetisa. En «Camino de la cita», hay un nuevo contento, que es la exaltación de la idea de amor y el triunfo de la propia belleza. En «Vida aldeana», es aún una ensoñación de dicha, un anhelo de renovar un muerto idilio sobre la paz de los campos, bajo el claror de los astros En «La Caricia», ante el roce fugitivo de una rosa, se estremece la sensualidad de un beso. En «Panteísmo», en fin, resurge aquella sugestión de la «Vida Garfio», y la inspirada presiente que allí, sobre la tierra, donde posó su cuerpo amoroso, ha de brotar quién sabe qué estupenda simiente,

Futuro pebetero que esparcerá a los vientos
En las noches de estío, claras y rumorosas,
El calor de mi carne hecho aroma de rosas,
Fragancia de azucenas y olor de pensamientos.

Pero hay, además de esta fuerza y vitalidad, y de esta sutil compenetración con la naturaleza que da un sello propio y personalísimo a las composiciones finales de *Las lenguas de diamante*,—algo más en los versos de la señora Juana de Ibarbourou, algo que ya ha señalado su prologuista el ilustre escritor argentino Manuel Gálvez, y que por fuerza ha de tomarse en cuenta por cuantos acierten a examinar este género de poesía. Ese algo, es un ansia irrefrenable de amor, pero de un amor pagano, ardiente y sereno a la vez: un amor casi físico, lleno de estremecimientos y deseos, si bien velado castamente por el cendal que llevaban las vírgenes alejandrinas cuando iban al templo de Astarté. No hallaremos, por tal modo, en *Las lenguas de diamante* los gritos incontenibles de pasión que atraviesan con espasmos de fiebre ciertas páginas de *El libro blanco* y otras más numerosas de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini. En medio de sus deliquios,—aún en los transportes de amor más arrebatado,—Juana de Ibarbourou parece erguirse como una estatua; y de las estatuas tiene la altivez y castidad. En tal sentido, pues, Delmira Agustini, la admirable precursora, aparece más sensual de temperamento y más audaz de expresión. Pero, con todo, quedan aún elementos en *Las lenguas de diamante* para advertir ese amor pagano de que hablábamos: la poetisa nos habla con orgullo de su cuerpo moreno, que ofrenda al amado como en una especie de holocausto. Sabe, también, de la soberanía inmortal del beso, y lo anhela sobre sus labios, no como la mariposa azul, irreal, de los antiguos románticos, sino vivo, quemante, todo desnudo de divino impudor:

¡ Oh, deja que la rosa desnuda de mi boca
Se te oprima a los labios !

Sabe, también, de las fiebres del deseo, de los aterciopelados contactos, de los perfumes que enervan, del mal contenido anhelo de ser desceñida, como en las estrofas admirables de «La Cita». Y, como una verdadera pagana en fin, que ha aprendido de los Dioses que el Amor tiene una hora única y sin retorno, se ofrece al amado en aquellos estupen-

dos dísticos de «La Hora»,—litúrgica letanía del deseo,—que quiero también reproducir aquí íntegramente, porque su mutilación sería un sacrilegio:

Tómame ahora que aún es temprano
Y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aún es sombría
Esta taciturna cabellera mía.

Ahora, que tengo la carne olorosa,
Y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora, que calza mi planta ligera
La sandalia viva de la primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
Como una campana sacudida a prisa.

Después... ¡ah, yo sé
Que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo
Como ofrenda puesta sobre un mausoleo.»

¡Tómame ahora que aún es temprano
Y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
Y se vuelva mustia la corola fresca.

Hoy, y no mañana. Oh amante, ¿no ves
Que la enredadera crecerá ciprés?

Comparando, justamente, este sensualismo poético de la autora de *Las lenguas de diamante* con el que bulle y se vierte de *Los cálices vacíos*, de Delmira Agustini, el escritor argentino antes citado, llega a estas conclusiones, que me parecen incontrovertibles: «Juana de Ibarbourou no revela por ahora ni inquietudes, ni tristeza, ni sufrimiento. En sus versos el amor es sano, fuerte, juvenil, intrépido, natural. Se ama en este libro con pasión y alegría, y, excepcionalmente, con cierta gravedad como de rito religioso. A veces asoma en ciertas páginas un poco de dolor o de pesimismo, pero hay tanta juventud y tanto entusiasmo en las restantes y aún en aquellas mismas, que, en el conjunto, pasa inadvertida la intención. La amada de este libro habla con ingenuo y casto impudor—si es posible unir estas dos palabras—de su cuerpo moreno, de caricias ardientes, de deseos. Pero no contiene el volumen, sin embargo, verdadero sensualismo. Felizmente, carece de impureza, y la voluptuosidad es en él escasa».

Esta diferenciación entre el sensualismo pagano y la voluptuosidad real de una y otra poetisa, puede, por lo demás, advertirla cualquiera comparando «El intruso», «Visión», «Otra estirpe», «En silencio», etc., de la Agustini, con «La Cita», «La hora», «Toilette suprema» y «Te doy mi alma», de la señora Ibarbourou. En la primera, existe innato el divino impudor que animó el gesto de Friné cuando, entreabriendo su manto ante los jueces, se glorió con el triunfo de su cuerpo. Delmira Agustini ardía con las fiebres del *Cantar de los Cantares* cuando sentía al Amor «tocar su cerradura». Sus acentos, de heroica impavidez, eran como los de un Salomón femenino, y así fué cómo cantó las ansias del sexo sin un sonrojo, antes bien con toda la fe de un ritual. En la señora Ibarbourou, el Amor del Amado ha hecho florecer todos los lirios de la ilusión y todas las rosas del placer; pero al cantar sus ansias, sus deliquios, sus imaginaciones, una niebla de espiritualidad envuelve su lira y hay entonces en su impudor «la castidad» de que nos habla el autor de *El solar de la raza*. Oídla cómo expresa, ante la proximidad del amado, la turbación amorosa de las caricias que excitan el deseo:

Por los ojos la rosa me pasaste
Y yo sentí la sensación de un beso.

Escuchadla cuando concurre a la cita, toda perfumada bajo su «manto esquivo», pronta para el holocausto voluntario:

Y en mi boca pálida florece ya el trémulo
Clavel de mi beso que aguarda tu boca.,
Ya mis manos largas se enrosca el deseo
Como una invisible serpentina loca.
¡ Desciñeme amante !

Y vedla ante el altar de Eros, en la entrega total;—pero advertid cómo la poetisa nos habla de «su alma», cual si quisiera encender dentro del mármol de la estatua viva el fanal de la espiritualidad inviolable:

Te doy mi alma desnuda,
Como estatua a la cual ningún cendal escuda.

Desnuda con el puro impudor
De un fruto, de una estrella o una flor;

De todas esas cosas que tienen la infinita
Serenidad de Eva antes de ser maldita.

De todas esas cosas,
Frutos, astros y rosas,

Que no sienten vergüenza del sexo sin celajes
Y a quienes nadie osara fabricarles ropajes.

¡ Sin velos, como el cuerpo de una diosa serena
Que tuviera una intensa blancura de azucena !

¡ Desnuda, y toda abierta de par en par
Por el ansia de amar !

Ahora, antes de terminar estas breves apuntaciones, debo decir dos palabras aún sobre la retórica de nuestra poetisa.

Juana de Ibarbourou construye sus versos con toda simplicidad, sin rebuscamiento de adjetivos, sin la preocupación de la «rima rica», sin exotismos de dicción ni rebuscamientos de imágenes. Y a pesar de todo ello, logra hacer poesía. Esto viene a demostrar una vez más que cuando se siente con sinceridad y se sabe expresar lo que ha de decirse con talento y soltura, siempre se hace obra de arte. Aquí podría llenar yo varias páginas si me pusiera a reproducir las múltiples bellezas que anidan en *Las lenguas de diamante*. Para dar al lector una idea, no más, de esta retórica, recordaré solamente la composición titulada «Rebelde», que es una verdadera maravilla:

Caronte: yo seré un escandalo en tu barca.
Mientras las otras sombras recen, giman o lloren,
Y bajo tus miradas de siniestro patriarca
Las tímidas y tristes en bajo acento oren,

Yo iré como una alondra cantando por el río
Y llevaré a tu barca mi perfume salvaje,
E irradiaré en las ondas del arroyo sombrío
Como una azul linterna que alumbrara en el viaje.

Por más que tú no quieras, por más guiños siniestros
Que me hagan tus dos ojos, en el terror maestros,
Caronte, yo en tu barca seré como un escándalo.

Y extenuada de sombra, de valor y de frío,
Cuando quieras dejarme a la orilla del río,
Me bajarán tus brazos cual conquista de vándalo.

¿Puede decirse, con mayor belleza, el triunfo de la alegría y el amor sobre la tristeza y la muerte? ¿No veis la gloriosa carne femenina, en pié sobre la curva barca, desta-

carse entre las tinieblas de la Estigia e irradiar como una linterna azul, como una visión de ensueño, burlando el horror de la materia que se disuelve? ¿Y no advertís la gracia helénica de esa mujer luminosa, de ese cuerpo pálido en su último desmayo, que arrastran los membrudos brazos del barquero fatal para abandonarla en el reino de la sombra?

En verdad os digo que quien labra semejantes joyeles, es un altísimo poeta.

* * *

Así, por límpidos y serenos, estos dos grandes libros—*Praderas soleadas* y *Las lenguas de diamante*—abren como un inmenso surco de luz blanca al través de las nubes policromadas y fastuosas que amontonaron en una hora de delirio los vates cosmopolitas de toda una literatura de decadencia y similor.

VÍCTOR PÉREZ PETIT.

Montevideo.

CORAZON, VIEJA BARCA

Car je suis paille au vent
HUGO.

Ah! corazón inútil, como a una vieja barca
te conducen los vientos, nadie sabe hacia dónde....
para que acaso sobre alguna yerma roca
te quiebres, una noche!.....

Han de llevarte siempre vientos buenos u hostiles
y no has de saber nunca cuál debe ser tu puerto.
E irás perdido siempre en esa noche inmensa
y negra, del misterio.....

Antes ¡quién sabe! alguna vez te lleguen
fragancias de floresta;
antes ¡acaso! te ilumine un suave
cielo de primavera!

Corazón, vieja barca que vas hacia el misterio
de quién sabe qué noche, quien sabe qué aurora
¡cómo te duelen los sueños que no has vivido
y los que ya viviste ¡ay! cómo en ti sollozan!....

(Eran blancos caminos de plata, mas dejaron
polvo de desengaño en las sandalias
y caminos dorados de sol, pero pusieron
brumas de decepciones en el alma.....)

Es mejor que los vientos te lleven al azar
ya que hacia ningún puerto nos guían las estrellas.
¡ Y aunque los labios vayan amargos de inquietud
que persista en los ojos ebriedad de quimeras !. . .

Corazón, vieja barca, desafía la sombra,
¡ después de tanta sombra puede haber una aurora !

MARIO MENENDEZ.

Prefacio del libro «Proceso histórico del Uruguay»

ESQUEMA DE UNA SOCIOLOGIA NACIONAL QUE APARECERA EN ESTOS DIAS

Hasta el momento de publicarse este Proceso, no se ha intentado en el Uruguay una interpretación de su vida histórica, ni aún un bosquejo crítico de conjunto, no considerando tales ni los simples trabajos historiográficos, ni los textos puramente cronológicos, ni la copiosa bibliografía de índole polémica y partidaria.

Y, sin embargo, es absolutamente necesario que,—desprendiéndonos de todo móvil político y elevándonos sobre la escuela historiografía, se encare el proceso de nuestra evolución colectiva con criterio sociológico y fines didácticos superiores. Es necesario que las generaciones nuevas del país empiecen a formar conciencia clara de la entidad a que pertenecen, de cuya vida participan, y en la cual han de actuar, por el conocimiento positivo de los caracteres que presenta su desarrollo a través del tiempo, de los factores que han determinado los fenómenos propios de su historia, y de las leyes intrínsecas que presiden su desenvolvimiento.

Un concepto sociológico de nuestra nacion[illegible] cesario para que separamos [illegible] *[illegible]* y [illegible] La conciencia de sí mismo es tan fundament[illegible] [illegible] en los hombres. De la incoh[illegible] mueve el puro instinto, a la conciencia plena [illegible] la razón y la voluntad obran, va toda la escala [illegible] jerarquía [illegible]. El progreso de las especie[illegible]

conciencia del *yo*. Lo mismo es en las sociedades. Saber *qué* se es y el lugar que se ocupa, definirse, conocerse, ser conciente, es poseer la clave de la acción y dominar al destino. Mientras se permanece en la inconciencia, las fuerzas mueven al hombre y a los pueblos, agentes pasivos de destinos que ignoran. La conciencia da al hombre y a los pueblos el poder de manejar esas fuerzas, convirtiéndose en agentes activos de una evolución, cuyo sentido y leyes conocen.

El fin de toda ciencia es la conciencia; el fin de todo conocimiento es la acción. La verdad que no es útil al hombre, no vale la pena de buscarla. La sabiduría que no llega a la conducta es vanidad; y sobra. Al buscar la interpretación de nuestra historia, al querer establecer un conocimiento positivo de nuestra vida nacional, hay que saber que esto nos lleva a alguna parte, que esto nos es de altísima utilidad.

Al intentar este Ensayo, no nos mueven, pues, pruritos históricos ni científicos. No somos ni científistas ni historiadores. Hombres de acción en el sentido más vasto de la frase, buscamos ante todo lo que es una necesidad imperiosa para el desenvolvimiento futuro de esta nación: la conciencia de sí misma. Buscamos lo que más urgentemente reclama la formación cultural de la nueva generación uruguaya: conocer la propia nacionalidad, no por la fisonomía exterior de los hechos y su ordenación cronológica, sino por la íntima y fundamental naturaleza donde radica el determinismo de su historia, en el plano de las causas y de las leyes que rigen su desarrollo.

Consideramos, sí, que la necesidad cultural más imperiosa de la generación que entra a la vida, es la formación de la conciencia nacional. Imponen esta necesidad dos finalidades éticas igualmente esenciales e integrantes: la definición del carácter nacional, y el criterio ciudadano. Ambos valores activos son hoy imprecisos y [illegible]. La conciencia histórica del país es el primer factor para definirlos y [illegible].

Una nación es un determinado organismo social, limitado en el tiempo y en el espacio, que vive y evoluciona en deter-

minadas condiciones geográficas, étnicas, económicas, políticas y morales. Formar en los ciudadanos la conciencia positiva del propio organismo nacional, a que pertenecen, es habilitarlos para el mejor desempeño de su vida de ciudadanos, y por tanto, robustecer el órgano colectivo, activar su función dentro del mundo, y dirigirlo al cumplimiento de sus destinos. Tal es el fin civil y didáctico de este Proceso.

ALBERTO ZUM FELDE.

Montevideo, Diciembre de 1918.

De «Alas Nuevas», libro próximo a aparecer

LAS SORTIJAS

Por la luz festiva y ancha de este sol que abre la tarde,
hay un júbilo sonoro y centelleantes jinetes;
criollas que en los escaños muestran un triunfal alarde
cuando ven sus novios trémulos sobre el ardor de los fletes.

Allá, por los cabezales de un camino que blanquea,
el arco de mata-ojos luce la argolla probática;
y un gaucho aligero cruza, y no ensarta la presea,
y sofrena el redomón, que es una furia acrobática.

¡ El número tres ! Y un gaucho, sacudido de emoción,
siente que le arde en el pulso la sangre del corazón.
Aguija, y en torbellinos de polvo corre el cebruno;

Saca el palillo la argolla; pero en la carrera loca,
por un vértigo rijoso, el cebruno se desboca,
y ¡ a bolearlo ! atropellándose, grita el gauchaje machuno.

II

Y en un aleteo ronco trazan sus círculos trágicos
las boleadoras trenzadas, opresas por la manija;
y arrojadas desde lo alto, como por tres dedos mágicos,
atan de atrás al cebruno con la cincha a la verija.

Vuelve el ritmo de la fiesta; puede seguir la sortija;
y el gaucho que en el palillo encintado trae la argolla

recibe una caja hinchada de anillos, y una criolla
languidece, porque el gaucho en ella los ojos fija.

Se apea el criollo, y sereno, con la caja en una mano.
Elija prienda—le dice—todo lírico y ufano.
... Y van pasando en un trueno de cascos «pingos» en que arde
el chapeado que se quiebra en fulgores y sonidos,
hasta que el sol, resbalando por los cerros conocidos,
tira una raya de sangre a lo largo de la tarde.

LA PENCA

Hoy corren los seis caballos más ágiles y ligeros,
y una yegua malacara de vivaces sacudidas.
Es el día de la penca. Y hay carpas en los linderos
de la raya que se abre provocando las salidas.

Ya han «variado» los jinetes sus ávidos parejeros;
y a la señal de un pañuelo de curvas estremecidas,
los sietes equinos, de un salto, se estiran rápidos, fieros,
y cruza un jadeo cálido por las bocas encendidas.

—¡ Voy al bayo ! — ¡ voy al moro !—¡ voy a la yegua, canejo !—
ronca, desprendiendo el cinto, y preparándose un viejo.

Ya está. Se ajusta la apuesta. Y el polvoriento tronido
es un vértigo a lo largo de la raya palpitante.
Y de golpe, un grito vasto: ¡ La yegua llegó adelante ! —
arranca una carcajada del gauchaje sorprendido.

PEDRO LEANDRO IPUCHE.

Montevideo, 1919.

GLOSAS DEL MES

De la Pandemia...

Una fuerte e intensa epidemia de grippe se ha hecho sentir, cruel, sobre Montevideo y sobre gran parte de la República, en el mes de Julio.

En la capital—ciertos días—las cifras de mortalidad fueron fácilmente dobladas. Por la calle Rivera, el pasar de cortejos fúnebres llegó a hacerse sub-intrante...

Y es a la vieja grippe de siempre, cuyo microbio, merced a una serie de prodigiosos y horrendos avatares, se ha exaltado al colmo, a la que homos dado en llamar la pandemia.

La segunda ola de la pandemia, para decir con una gran autoridad médica.

Como es natural, ante el azote de la peste, las corporaciones científicas, oficiales y no oficiales, organizaron la defensa; y, si bien permanecieron un instante perplejas ante la identidad exacta del bacilo enemigo, no vacilaron al fin.

Fuera contra el microbio de Pfeiffer—conocido antiguo—fuera contra alguna misteriosa bacteria filtrante, de esas que cuelan holgadas a través de la porcelana, ello es que arremetieron.

Pero ello es también que el microbio se ha defendido con valor «cavando trincheras» en ciertos barrios, poco higiénicos de suyo, eligiendo para campo de acción «los saldos» de salud donde los pudo encontrar, y, sobre todo y ante todo «buscando alianzas, conforme a las lecciones de la Gran Guerra.

Alióse la bacteria con los *intereses particulares*, según se ha visto, y el aliado le resultó tan bueno como los Estados Unidos, verbigracia...

Las autoridades sanitarias, en tren de defensa, decisiva, ordenaron la clausura de las escuelas en todo el país—mismo en las localidades

donde aún no había grippe; clausuraron, además, los Museos, donde concurren cien personas al mes; la Biblioteca Nacional, donde el número de lectores es corto y es prohibido hablar, escupir y comunicarse y el Jardín Zoológico Municipal al aire libre y al gran sol, naturalmente.

En cambio los intereses particulares—los intereses creados—el aliado poderoso de la pandemia, optuvieron, en favor de la mayor difusión de la peste, que se mantuvieran en plena actividad — «ne varietur» — los cafées, que no suelen ser, por acá, modelos de higiene; los salones de cinematógrafo, que funcionan día y noche; las casas de sport, que son unos antros dantescos; los teatros—el sucio Urquiza, por ejemplo—y la sala de juego del Parque Hotel...

Vale decir que se mantuvo accesible y ofrecido al contagio pandémico, todo sitio público, aún el más infecto y peligroso, cuyo dueño supo defender sus ganancias y sus intereses.

La precaución y las medidas y las clausuras se limitaron a las instituciones o locales oficiales, pobres de solemnidad, vale decir «*sin consul*», según la expresión de nuestros paisanos, donde en vez del comerciante que defendiera su ganancia había el empleado que defendía la ganancia... del sueldo sin trabajar.

A esta útil actividad de las corporaciones sabias y administrativas menester es sumar cinco millones de carteles—con minuciosos consejos higiénicos, en bandos articulados y pertinentes, fijados y repartidos por todas partes en el sobreentendido previo, eso sí, de que no había ni posibilidad ni voluntad de cumplir las pragmáticas.

Plausibles y eficaces, conforme puede verse, las medidas de ataque, pero... se cerraron los Museos, y — según al aforismo jurídico— «quien hace lo que puede no está obligado a más...»

Carnegie.

Ha muerto Carnegie, y siento necesidad verdadera de recordarlo en el momento de su partida de este mundo.

Bueno es recordar a los buenos y más a los que fueron buenos en una esfera social en que pocos lo son.

—¡ Porque los ricos seran todos *así* !, me preguntó una vez una mujer en desgracia.

—Talvez sean ricos porque son *así*, respondí a la infeliz...

Se dice de ellos que el triunfo los diseca, y que, de hombres que supieron todo—inclusive la miseria a veces—se transforman en muñecos empajados: que olvidan, en una palabra.

Puede ser que haya algo, talvez mucho, de verdad en este decir, pero es indubitable que hay una levadura anormal, una tramazón

íntima, una raigambre psíquica particular, que es, en los futuros ricos, levadura de triunfo, trama de resistencia a la sensibilidad, alambre de puas envuelto alrededor del corazón, que no lo deja ensancharse y ser grande.

El multimillonario yankee que se acaba de extinguir plácidamente, en una larga vejez, fué un hombre admirable, un rico ejemplar, casi santo, para la época, ni más ni menos, según yo siento y entiendo.

Viejo admirable—bueno, nada más que bueno, de corazón siempre tierno, de recuerdo siempre fresco, que no se recreó con caridades de vanidad y fué ejemplo de caridad verdadera; que no gustó la filantropía—como placer egoísta, para sí, y fué en ello ejemplo de filántropos; que dió con mano amplia—ignorante la otra mano.

Hombre modelo, rico para ejemplo de nuestros ricos—guardando siempre las distancias entre la riqueza suya, inconmensurable, y la mísera riqueza de los nuestros—admirable Andrés Carnegie, marido de una mujer buena—fuente talvez de la bondad del marido—y la que tampoco, en su vida, olvidó que había empezado siendo pobre...

J. M. Fernández Saldaña.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

El Halconero Astral.—Versos. por Emilio Oribe. — Montevideo 1919.

El patrimonio de nuestra literatura lírica se ha enriquecido este año de tal modo, que nos parece estar, respecto a esta manifestación de arte, en el período de las vacas gordas de la bíblica profecía.

A tantas obras meritorias,—algunas meritísimas,—que han visto la luz últimamente, se añade ahora «El Halconero Astral» de Emilio Oribe, libro de alto valor poético que bastaría, si ya su autor no se hubiera impuesto por su densa labor anterior, para destacarlo vigorosamente.

¡Bienvenida sea la fiebre divina de esta juventud hija de Ariel, que a despecho de la indiferencia, cuando no de la burla general, persiste en crear y en embriagarse con vinos inmateriales! Son estos alucinados que nos dan de sí lo mejor que atesoran sin exigir, ¡qué digo!, sin tener siquiera la esperanza de una recompensa, los que labrando están, a pesar de todo, nuestra dignidad.

Oribe aparece en esta nueva obra como si se hubiera cambiado de ropaje, o, mejor dicho, como si hubiera abandonado el mármol en el que su cincel tan diestramente trabajara para modelar a pulgar limpio sobre arcilla y plastilina, versos que si no tienen la majestad de la estatua tienen en cambio más color de vida.

A nuestro juicio «El Halconero Astral» revela una hora de transición o de renovación en la vida del poeta. No ha olvidado del todo su antigua religión parnasiana, pero es evidente su inclinación hacia los poetas novecentistas, a los cuales, con *adhesión fervorosa*, dedica su libro.

Y ha dicho bien *adhesión fervorosa*, tan fervorosa que a nuestro entender hubiera ganado Oribe si con menos idolatría sintiera la atracción de esas modernas tendencias literarias.

Porque no es posible cambiar las cualidades esenciales del verso y creer que con dividir las frases en períodos más o menos antojadizos se hace poesía. Reconocemos que a veces, sobre todo hecha por un poeta verdadero, hay cierta vaga musicalidad, cierta asimetría armónica, si se me permite la expresión, en esa manera de escribir; pero sostenemos que si todos hicieran igual cosa y a esto se llamara verso, la palabra prosa estaría demás en el diccionario.

A pesar de esto, que consideramos un concepto equivocado del cual no tardará en reaccionar el autor, «El Halconero Astral» queda como una de las más sólidas realizaciones de arte hechas en nuestro medio.

No hay unidad doctrinaria, ni tampoco conceptual en este libro; pero yo me río de aquellos que exigen a una obra de poeta tales virtudes.

El poeta es un ser emocional y la emoción cosa profunda, pero múltiple, contradictoria y fugaz. Ora se sentirá épicamente puro oyendo las campanas del angelus, como perdidamente libertino en las bajas trastiendas del placer. Hoy, imbuído de orgullosa egolatría, cantará desdeñando la pequeñez de sus semejantes, para mañana, lleno de humildad, llamar hermano al gusano y a la hormiga.

Y así es Oribe, multicorde, vario, paradójico, pero siempre poeta, es decir, ungiendo todo lo que toca con ese brillo fascinante de aquello que ha pasado por el tamiz de la emoción.

Si se nos pidiera alguna modalidad singular de este lírico, nosotros la hallaríamos en su facilidad para exteriorizarse en símbolos y alegorías, siempre de noble estructura poética y de íntima consonancia con el pensamiento que los anima. Pero, al revés de los simbolistas puros para quienes el no revelar el sentido de sus versos, a veces enigmático hasta para ellos mismos, es la regla y el encanto de esa escuela por lo que sugiere en la imaginación de cada cual, Oribe nunca deja de desnudar por entero su pensamiento, como ante el temor de no ser comprendido o de que lo bastardearan al quererlo descifrar.

Otra cosa original en este poeta son sus «Motivos de Estudiante», parte del libro que yo no se si por afinidad de oficio, o por haberme concretado ideas y emociones acaso subconcientemente sentidas me han dejado una impresión difícil de olvidar. — J. M. D.

Viejos Motivos.—VERSOS POR MANUEL MUÑOA. — San Sebastián 1919.

Poeta objetivo por excelencia, Munoa, fuera de algunas escasas incursiones hacia lo íntimo y personal, busca motivos inspiradores en los sucesos corrientes de la vida.

Una simple mirada a los títulos de la mayor parte de sus composiciones,—Partida de bolos, Regatas de traineras en San Sebastián, El hundimiento del Lusitania, Aeroplanos y dirigibles, etc,—basta para percatarse de su tendencia.

La poesía no es, indudablemente, el medio más apropiado para narrar escenas descriptivas y se corre el albur de convertirla en suelto de gacetilla cuando se pretende relatar con ella, no la impresión de los hechos, sino los hechos en sí mismo.

Por otra parte el poeta no debe colocarse frente a la vida para retratarla a la manera de la máquina fotográfica, pues aunque llegara a sobresalir por la exactitud, por el talento descriptivo o por la riqueza de la rima, siempre su obra dejará al final una sensación fría y como mecánica.

Algo de esto podría reprochársele a algunas de las composiciones que integran este tomo de poesías, así como cierto abuso de desaliño en la rima que si bien facilita la labor del poeta, disminuye los valores armónicos del verso.

No obstante estos pequeños defectos, que, por otra parte, no son la regla sino la excepción dentro del volumen. Munoa se nos revela en Viejos Motivos, como uno de los poetas más promisores y más originales de la joven España.

Hay páginas en su libro que desafiaran la acción del tiempo.

Sabe elegir en sus descripciones el detalle que por sí solo basta para sintetizar un panorama o para sugerir un objetivar una emoción y, cuando quiere disciplinarse, sabe también engarzar en verso de oro, su lírica pedrería.

Es también plausible la tendencia de este poeta a huir del aislamiento, a ser actual y vivir su hora, buscando los materiales que necesita dentro de lo que la vida contemporánea le ofrece. — J. M. D.

La Serena (Novela).—POR NAHUINCA. — Buenos Aires 1918.

Sin mayores complicaciones, Nahuinca—pseudónimo bajo el cual se escuda su autor, o autora, mejor dicho, ya que sabemos que se trata de una mujer,—ha escrito una novela lo suficientemente provista de méritos como para que la crítica la estimule a perseverar en la senda emprendida.

La Serena es una obra excesivamente difusa y débil en cuanto al argumento y a la técnica. Parécenos que Nahuinca hubiera ganado en limitar el número y sobre todo la importancia de los personajes que hace intervenir en su obra, cada uno de los cuales tiene dentro de la novela una novela propia, muchas veces extraña a la acción central o inútil para su desarrollo, lo que, al desviar continuamente la atención del lector, conspira contra el interés del drama, base sustancial de este género de literatura.

Por lo demás La Serena es una obra bien escrita, con momentos de intensa dramaticidad, justa en el diálogo, fiel en la pintura de paisajes, personas y costumbres, cualidades sustantivas que autorizan a esperar de Nahuinca obras de más aliento que esta con la cual tan promisoramente se ha iniciado. — J. M. D.

Boccaccesca. — JOSE FABIO GARNIER. — San José de Costa Rica, 1919.

Por el título no más se adivina que este autor no escribe con el propósito de conquistar el Paraíso Terrenal sino, más bien, un sitio de vanguardia entre los autores excomulgados por el Index.

Su norma es la de Oscar Wilde: no hay libros morales o inmorales, sino libros bien o mal escritos y nada más.

La historieta que nos cuenta es de lo más sabrosa y pintoresca que pueda imaginarse; pero es bueno hacer resaltar que el valor del libro no reside unicamente en la picardía del argumento. Fabio Garnier no es un vulgar pornógrafista, sino un espíritu selecto que ama el lado travieso de la vida.

Hay en el volumen que nos envía, gracia de buena ley, lo que unido a un estilo ágil y a un indiscutible talento narrativo, hacen de este autor Castarriqueño un excelente discípulo del autor del Decameron. Por mi parte,—y a riesgo de condenar también mi alma,—confieso que me he deleitado sobremanera con los diálogos de Violante y Nadia y que devoraré todo cuanto vuelva a recibir de este autor.

¡Dios nos perdone a él y a mí! — J. M. D.

Francisco Solano López y la Guerra del Paraguay. — POR CARLOS PEREYRA. — Madrid 1919.

Con los homenajes del señor Rufino Blanco Fombona, director de la Editorial América, casa madrileña, hemos recibido este libro del señor Pereira.

No es un buen libro, porque no puede ser bueno un libro de historia escrito con pasión y sin documentos ni bagaje suficientes.

El señor Pereira, imbuído de las fobias históricas del señor Blanco Fombona y juzgando de la trágica epopeya del Paraguay y la alianza a traves del odio contra Mitre, no estaba habilitado para hacer otra cosa.

Abrevado en fuentes paraguayas—en el Lopizmo bravío de Juan O'Leary, mi distínguido amigo de Asunción,—tenía, aún que alejarse del terreno neutral donde—precisamente un extranjero—debía haberse colocado.

Libro escrito a la ligera, está asi mismo lleno de errores de información que nosotros—ni aliancistas ni mitristas—no vamos a entrar a analizar. — J. M. F. S.